

DOMINGO XXVII TIEMPO ORDINARIO (CICLO A)

La parábola de los viñadores homicidas nos muestra el amor extremo de Dios. Leyéndola con calma descubrimos toda la historia de la humanidad y cómo Dios ha ido cuidando de nosotros movido únicamente por su amor. La viña, que es imagen del pueblo de Israel, también nos simboliza a todos nosotros como beneficiarios y administradores de los dones de Dios. Dios, que creó todo por amor, lo cuida todo con amor. Es el misterio de su providencia.

Se nos dice en el evangelio que el amo envía a su propio hijo esperando que a él sí lo escuchen. La lógica humana se rebela contra esa decisión. ¿Quién, en su sano juicio, enviaría a su hijo a negociar con unos viñadores que han maltratado y asesinado a sus predecesores? Nadie, excepto Dios. Porque Jesús vino a la misma ciudad, Jerusalén, que asesinaba a los profetas. Y no lo hizo en un acto de imprudencia ni de ignorancia, sino plenamente consciente de que iba a entregar su vida por los hombres. Jesús vino a ser crucificado para redimir a sus asesinos con su sangre: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen», exclama desde la cruz. Como dijo san Juan María Vianney: «El Padre eterno, para desarmar su propia justicia; ha dado a su Hijo un Corazón demasiado bueno».

Nos equivocáramos si nos quedáramos en una lectura puramente histórica de los textos. Nosotros seguimos siendo los arrendatarios del campo y debemos dar fruto conforme al don que hemos recibido. Pero además, sabemos que Jesús es la vid verdadera y que si nos separamos de Él, nos volveremos infecundos.

Lo peor de su comportamiento es que dejan de reconocer al verdadero propietario. Entonces dejan de trabajar para otro y obran sólo para sí mismos. Es lo que dice san Agustín hablando de la ciudad de los hombres, construida sobre el amor a sí misma hasta el desprecio de Dios. Hoy en día podemos contemplar muchos abusos que se producen en nombre de una falsa autonomía consistente en negar que todas las cosas, y también el obrar moral del hombre, tengan su último referente en Dios. Cuando eso se olvida, se abre la puerta a todo tipo de abusos, como los que observamos en el campo de la manipulación genética, en la falta de respeto hacia la vida humana, sobre todo a través del aborto y la eutanasia, o el afán de los políticos de mantenerse en el poder al precio que sea, sin importar ni el bien común ni la dignidad de las personas del pueblo a quien dicen que sirven.

Por eso, hemos de pedirle a Dios que nunca olvidemos que hemos sido creados y, además, redimidos y que, a pesar de nuestras faltas, Dios sigue queriendo que un día estemos junto a Él en el cielo.